

JORGE GUILLÉN: DE LA LUZ DE MURCIA A LA DE SEVILLA

POR FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Debo en primer lugar manifestar mi gratitud por su generosidad a todos los que han hecho posible mi nombramiento de Académico Correspondiente en Murcia de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y de forma especial a los Académicos que firmaron mi propuesta, Excmos. Srs. D. Rogelio Reyes Cano, D. Jacobo Cortines y D. José Villalobos. Al profesor Reyes Cano debo agradecer además que, a lo largo de los años, haya mantenido viva la llama de la colaboración entre Sevilla y Murcia, las dos ciudades leales a Alfonso X el Sabio, los dos primeros destinos universitarios del poeta Jorge Guillén, catedrático de Lengua y Literatura Españolas de las Universidades de Murcia y de Sevilla. Por esta razón, hoy, en este solemne momento, será Jorge Guillén con sus poemas de *Cántico* quien guíe mis primeros pasos en esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, porque *Cántico* se escribió en una importante parte entre Murcia (desde 1926 a 1929) y Sevilla (desde 1930 a 1938), y la luz de Murcia y la luz de Sevilla quedaron para siempre en sus páginas.

Desde el año 2008 contamos con una edición de la poesía completa de Jorge Guillén, la de Óscar Barrero, en la que el editor ha transcrito todas las anotaciones de fechas y lugares en que

fueron escritos o corregidos todos los poemas de Jorge Guillén y las de sus sucesivas versiones, cuyos manuscritos se conservan, ya que Guillén, cuidadosamente, los coleccionó y donó a los archivos de Wellesley College y de la Houghton Library de la Universidad de Harvard. Esta edición nos permite saber, por ejemplo, que la celebrada traducción de *El cementerio marino* de Paul Valéry la comenzó Jorge Guillén en Murcia los días 2, 3, 11 y 15 de febrero de 1929.

Aun así, ya la edición de *Cántico* de 1936, de José Manuel Blecua, nos permitió saber que de los setenta y cinco poemas que componen *Cántico*, en su primera edición, de 1928, en la colección de la *Revista de Occidente*, publicado cuando el poeta aún vivía en Murcia –salió a finales del año, ya que las críticas de la prensa madrileña son de principios del 1929– treinta y dos fueron iniciados, corregidos o realizada su redacción definitiva sobre una anterior, en la ciudad de Murcia. Y, por lo menos doce, se escribieron viviendo el poeta entre mis paisanos de los años veinte. Algunos de estos poemas vieron su primera luz impresa en el *Suplemento Literario de La Verdad* (1926) o en la revista *Verso y Prosa* (1927–1928).

De los doce poemas, el primero que se encuentra el lector leyendo la edición de 1928 es “El horizonte”, fechado por Guillén, en una de sus redacciones, en Murcia, 24 de enero de 1927. El poema fue publicado en Sevilla, en la revista *Mediodía*, en la única colaboración de Guillén en la primera época de la revista. La luz es acaso la más singular protagonista del poema, que contempla un amplio paisaje:

Riguroso horizonte.
Cielo y campo, ya idénticos,
Son puros ya: su línea.

Perfección. Se da fin
A la ausencia del aire,
De repente evidente.

Pero la luz resbala
Sin fin sobre los límites.
¡Oh perfección abierta!

Horizonte, horizonte
Trémulo, casi trémulo
De su don inminente.

Se sostiene en un hilo
La frágil, la difícil
Profundidad del mundo.

El aire estará en colmo
Dorado, duro, cierto.
Trasparencia cuajada.

Ya el espacio se comba
Dócil, ágil, alegre
Sobre esa espera –mía.

La luz, como principal componente del poema, se diluye en el paisaje que se ciñe a una línea, la del horizonte, y a su perfección en el conjunto de cielo y tierra, dentro de los símbolos permanentes de *Cántico*. Pero sobre todo, en el poema se forja una idea dimensional de lo creado, la profundidad del mundo que el horizonte delimita. Profundidad que el poeta siente en el espacio o, como en otro poema, en el tiempo. Así en “Los jardines”, también escrito en Murcia, 15–16, 20 de febrero de 1928 y continuado en abril. Terminado en Capbreton 8–19 agosto 1928.

Tiempo en profundidad : está en jardines.
Mira cómo se posa. Ya se ahonda.
Ya es tuyo su interior. ¡Qué trasparencia
De muchas tardes, para siempre juntas!
Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.

La alusión a los jardines, sin duda, refleja una impresión murciana que luego pudo recordar en unas páginas en prosa, muchos años más tarde, aunque la trascendentalización de los elementos (niños, fuentes) y la insistencia en la reflexión del tiempo poseen una definitiva significación.

En *Cántico* de 1928 puede leerse a continuación uno de los poemas más significativos del libro, “El campo, la ciudad, el cielo”, cuya primera publicación la vio en el número inaugural

de *Verso y Prosa* (1, 1927). Son evidentes las referencias a la ciudad y al río, que todos los días cruzaba Guillén camino de la Universidad. Terminada en Murcia, el 14 de octubre de 1928, se publicó en *Verso y Prosa* (11, junio, 1928):

Río en la ciudad. ¡Qué grande!
 Por sus aguas aun verdes
 Llega el campo de antes.

Plátanos de avenida
 En avidez presienten
 Un aire sin esquinas.

¿Conquistan las estatuas
 Incansables, por fin,
 El cielo de las plazas?

Río otra vez. Y parte
 Con su campo. No acoge
 La avidez de las calles.

Pero no importa. ¡Gracias,
 Gracias, estatuas! Ya
 Va el cielo entre las casas.

Destaca en el poema la belleza evocada, en el sentido y en la forma, y el signo impecable de una composición escrita ante un prototipo urbano atravesado por un río cualquiera. Pero la hermosura del entorno genera el recuerdo de un trasfondo real perceptible en este y otros poemas: el río, el campo, el color de las aguas, las avenidas, las plazas, las calles, las casas...

Seguimos leyendo en *Cántico* de 1928 y hallamos el poema escrito en homenaje a Góngora en Murcia, el 21,23–24 de mayo de 1926. El recuerdo del poeta cordobés se basa en un ruiseñor, que figura en el título de un poema, “El ruiseñor”, una décima con paisaje natural y armonía de sonidos, de indudable belleza:

El ruiseñor, pavo real
 Facilísimo del pío,
 Envía su memorial
 Sobre la curva del río

Lejos, muy lejos, a un día
 Parado en su mediodía,
 Donde un ave carmesí,
 Cenit de una primavera
 Redonda, perfecta esfera,
 No responde nunca: sí.

El río y la quietud de la evocación gongorina son fundamentales en este poema, en el que el color y el sonido figuran también como componentes esenciales. Si seguimos con *Cántico* 1928 pronto encontraremos un poema muy conocido, presente en muchas antologías, quizá el que con más frecuencia se ha identificado con la imagen de Murcia, pequeña entonces, casi un caserío, porque Jorge Guillén, evoca en su composición a la ciudad que se contempla desde lo alto de la torre de la catedral de Murcia. Su título es “Panorama” y está escrito en Murcia entre el 22 de mayo y el 2 de noviembre de 1926. Apareció por primera vez en *Verso y Prosa*, 1, 1927, con el título de “Décima”:

El caserío se entiende
 Con el reloj de la torre
 Para que ni el viento enmiende
 Ni la luz del viento borre
 La claridad del sistema
 Que su panorama extrema:
 Transeúntes diminutos
 Ciñen su azar a la traza
 Que con sus rectas enlaza
 Las calles a los minutos.

Jorge Guillén canta la comunión de espacio y tiempo en este panorama que enlaza todo en un absoluto total: personas, calles, minutos, reloj, torre, todo, pero envuelto en un ansia de luz y claridad: luz en todos los formantes del ambiente poemático, desde el viento hasta la calles...

Siguiendo la lectura de *Cántico* 1928, llegamos a la décima “La luz sobre el monte”, publicada en el *Suplemento Literario de La Verdad*, el 18 de julio de 1926, y cuyo texto es el siguiente:

¡Oh luz sobre el monte, densa
 Del espacio sólo espacio,
 Desierto, raso: reacio
 Mundo a la suave defensa
 De la sombra! La luz piensa
 Colores con un afán
 Fino y cruel. ¡Allí van
 Sus unidades felices,
 Inmolación de matices
 De un paraíso galán!

Joaquín Gimeno Casalduero, en un espléndido artículo sobre “Jorge Guillén y Murcia”, de 1981, comentando algunos poemas de *Cántico*, anotados por el propio poeta en su edición como vinculados a Murcia, pone en relación esta décima, con la titulada “Aridez”:

¿Para quién, espacio, claro
 De aridez, sin confidente.
 Rendido a tu desamparo
 Sin reloj, ante el presente
 Perenne de la altitud?
 ¿Para quién la plenitud
 En pura aridez, oh ardores
 Escuetos de lo absoluto,
 Que con tal ímpetu enjuto
 Quemáis los propios cantores?

Y señala Gimeno:

Guillén, “en Murcia y sobre los montes de por allá” —como escribe en mi ejemplar de *Cántico*—, se enfrenta con la aridez que caracteriza en parte a la región murciana. Es entonces cuando surge la poesía: junto a la aridez del espacio, el calor —es decir, los “ardores” que la producen—. Por eso Guillén se dirige al espacio y a los ardores: pregunta al espacio que para qué existe; que para quién existe “la plenitud / en pura aridez” pregunta a los ardores. [...] La aridez y el calor característicos de Murcia se acentúan hasta límites extremos destruyendo todo adorno, todo ras-

go secundario. Destrucción creadora la que entonces se realiza, pues por ella se declara lo que hace que ese espacio sea él precisamente. El poeta nos introduce, superando las formas, en el mundo de las realidades, de lo inmutable y de lo perfecto, en la Murcia esencial que se levanta en la región resplandeciente de las ideas. Y entonces Murcia se universaliza: plena aridez ya, ya ardor pleno [...] “La luz sobre el monte” es el título de la décima. Pasamos del monte del poema anterior, ante el cual el espacio se extendía, a la luz que lo envuelve y lo corona. Por eso, Jorge Guillén —que había escrito en mi ejemplar, y en relación con “Aridéz”: “En Murcia y sobre los montes de por allá”— escribe ahora, cuando es la luz la que se extiende: “En Murcia y bajo aquella luz”. Bajo aquella luz, pues, y frente a aquel paisaje lanza de nuevo sus versos el poeta [...] Pero ahora no se buscan aquellos paraísos; se busca la luz, y luz es lo que Guillén descubre, luz que es murciana porque es universal, o que lleva a lo universal porque es murciana.

En la décima, en efecto, el protagonismo que adquiere la luz y la importancia del espacio intensamente iluminado de olores y matices lleva impreso el recuerdo de la luz levantina. “Lo importante —escribe el poeta a su mujer, recién llegado a Murcia, el 1º de febrero de 1926— es que Murcia me gusta. Ciudad clara, de colores claros y calientes, de piedras tostadas...” Y más adelante, tres días después:

Murcia tiene elementos de Naturaleza y elementos de Historia urbana que le dan un encanto exótico y muy visible: la dulzura del clima, la claridad en el aire, y en los muros, iglesias y torres, muchas, y caserones antiguos, muchos escudos, con tonos calientes, sepías, ocre, canelas y la gama indefinida del rosa, del rosa al amarillo, en esos mismos colores, según la hora. Plazas con encanto becqueriano, apacibles, silenciosas... Grandes paredes con ladrillos soleados que dan a la ciudad una gran unidad pictórica. Hay palmeras, magnolias, grandes árboles. Hay jardincillos. Hay un Malecón estupendo. Y el campo inmediato y los montes grises y abruptos muy cerca.

Y en medio la torre de la Catedral —que ahora estoy viendo— ornada, graciosa, entre la ligereza y la robustez, y de un color admirable. Y tartanitas, aldeanos. Y cafés, casinos. Y la gente afable y acogedora...

Citamos, finalmente, otra décima, “Presencia de la luz”, de mayo y junio de 1926, publicada en el *Suplemento Literario de La Verdad* de aquel año:

¡Pájaros alrededor
De las fugas de sus vuelos
En rondas! Un resplandor
Sostiene bien estos cielos
Ya plenarios del estío,
Pero leves para el brío
De esta luz... ¡Birlibirloque!
Y los pájaros se sumen
Velándose en el volumen
Resplandeciente de un bloque.

La presencia de los pájaros, en un espléndido día de primavera, da al ambiente un nuevo sesgo alborotado, que el poeta dibuja en la luz mediterránea, cegadora y dominante. Como escribió Gimeno Casalduero,

la luz que todo lo traspasa, traspasa también a los pájaros y los vela en vez de iluminarlos. El mágico proceso —por decirlo así— continúa. La luz al traspasar pájaros y cielos; o sea, espacio y movimiento, se materializa. Al unirse los temas y al terminar la décima, queda sólo un bloque resplandeciente que todo lo resume. El cielo con sus pájaros, desnudándose ante la mirada del poeta de los adornos que no le corresponden, se convierte en una maravilla, en una preciosa piedra que reúne toda la luz murciana. Por eso pudo escribir Guillén en mi ejemplar de *Cántico*: “En Murcia y sobre la luz de Murcia”.

Tras el éxito total de *Cántico* 1928, y las amenazas de cierre de la Universidad de Murcia, en 1929, Jorge Guillén marchará como profesor a la Universidad de Oxford durante el curso 1929–1930.

Mientras, gestiona la permuta de sus plazas de catedrático con Pedro Salinas, y el 7 de octubre de 1930 Guillén toma posesión de la cátedra de Sevilla, universidad y ciudad en la que permanecerá hasta 1938, cuando pida la excedencia voluntaria para trabajar en Montreal, Canadá, e iniciar su larga vida de emigrante, como le gustaba decir al poeta, mejor que exiliado o desterrado.

Miguel Cruz ha referido los datos pertinentes con exactitud:

Guillén llega a Sevilla en octubre de 1930 procedente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Murcia, por permuta con Pedro Salinas, su entrañable amigo. El año antes había marchado a Oxford como profesor de español. Estará en Sevilla hasta 1938 como catedrático de Lengua y Literatura Españolas de la Universidad Hispalense, aunque en 1934 va de conferenciante a Rumania, viaja a Italia y veranea en Francia, Santander y Valladolid. Guillén venía precedido de su fama literaria, como autor de *Cántico* como animador de la vida cultural de Murcia. Sucedió en la cátedra sevillana a otro poeta-profesor y, como él, tampoco Guillén limitó su contacto con los alumnos a un marco estrictamente académico: alentó la poesía y fomentó las relaciones con los escritores locales. En Sevilla vivió Jorge Guillén con su esposa y sus hijos Teresa y Claudio en “Villa Guadalupe”, el chalé de la familia Romero Martínez en el entonces alejado barrio de Nervión (antigua calle 16, hoy Cardenal Lluch, 68). La paz casi bucólica de este retirado sector, con las vías aún sin pavimentar, que lindaba con las huertas y los campos de labranza en las afueras de la ciudad, fue la razón que inclinó a los Guillén a alquilar una vivienda en la parte alta de “Villa Guadalupe”. Allí fueron vecinos del humanista Miguel Romero Martínez, traductor, entre otros, de Horacio y Leopardi y bibliófilo entusiasta, además de gran latinista y aficionado a la astronomía. Destacan sus versiones de los *Epigramas eróticos* de Marcial, de Fontenelle – *La pluralidad de los mundos*–, de Shakespeare – *El rey Lear*–. Culto sevillano, hermano del médico y escritor José María Romero Martínez, que fue como él activo ateneísta, estableció entonces unos lazos de profunda amistad con Jorge Guillén.

Y volverá a escribir poemas para *Cántico*, aunque en Sevilla no lo hará hasta mayo de 1933 de una forma continuada. En todo caso, el trabajo del poeta es constante, y a Sevilla le cabe el honor de que en la ciudad entre el 10 y el 18 de octubre de 1931, inicia la confección del poema más importante de *Cántico*, “Salvación de la primavera”, que habría de continuar revisándolo y ampliándolo en los años siguientes y en muy diversos lugares. En Sevilla lo dará por finalizado entre el 4 y el 6 de febrero de 1934.

Se trata del poema decisivo y fundamental en la representación del amor en *Cántico*, ya que en el hallamos a la mujer real en su desnudez elemental y esencial para el poeta, que vive la plenitud del amor ante su presencia viva. Pero siendo una amada real, no oculta el poeta el gran prodigio de su existencia, sublimadora de la realidad. Ni mito ni sueño, ni ficción ni imaginación, solo amada pura y real. La amada es poseída por su propia esencia a través de los sentidos, la vista, el tacto, que logran la plena posesión, la total contemplación. La amada centra la admiración del poeta y colma, con su claridad, con su esplendor y con su luz, las ansias del poeta que la convierte en centro del mundo como primavera, como río, como aventura, como claridad... fabulosa y trémula posesión del poeta mientras el alma de la amada se entrega en su peso y volumen.

Alma y cuerpo son una misma cosa, y carne y espíritu permanecen unidos. En “Salvación de la primavera” esta identidad de esencias se concentra en el pronombre “tú”, que, como hiciera Pedro Salinas en *La voz a ti debida*, representa a la amada sin disfraces, sin nombres, singular y desnuda. La amada es así “la única”, que el amante, lleno de júbilo y de entusiasmo, afirma y proclama en su exactitud y en su totalidad.

Y la unión de amado y amada, unión de carne y espíritu, de cuerpo y alma, representa, sin apartarse un ápice de la realidad, la cumbre de la posesión y de la unión entre los amantes, convertidos así en su propia expresión, con toda su carga de existencia vivida, de ternura, de caricia, enriquecidas en la experiencia diaria, cotidiana, del amor. Y de la posesión vivida del amor, se asciende a la plenitud cósmica del mundo transformado, hacia los cielos, como se deja escrito en “Salvación de la primavera”, o hacia los montes y los ríos, hacia los lejanos levantes, naturaleza donde los amantes y la luz se funden en unión de posesión y plenitud, de felicidad.

Sin duda, la posesión y la verdad del amor trasfunden al resto del libro, a todo *Cántico*, esa realidad de júbilo y entusiasmo, esa idea de que el mundo está bien hecho.

El poeta tiene más fe en la vida, en la realidad, por fin, real y se centra y se realiza, al mismo tiempo que la amada, con quien se convierte en una misma energía. Amar es ser, ser más aún. El amor es perfecto y se extasía, con su plenitud, en sus límites, viviendo lo presente, pero también lo eterno, por encima del tiempo, el amor es “salvación”.

El 8 de octubre de 1931, Guillén escribe a Germaine que acaba de terminar cuatro poemas y empieza una nueva serie para el libro. Y el 11 de octubre ya le escribe sobre el nuevo poema: “Acabo de dejar –por hoy– tu, o mejor nuestro, poema. ¡No te asustes! Es de amor completo. Espero poder incluir y salvar todo lo *inconvenient*”. El 13 de octubre ya le copia algunos versos. En diferentes cartas de los meses siguientes aparecen nuevas referencias al poema. El 5 de marzo de 1932, ya le dice el título:

El poema ya ha arrancado definitivamente. Me siento mejor. *Salvación de la primavera*. Ajustada a la sola desnudez de tu cuerpo, etc. (Por cierto, esto coincide con un renacer, levísimo, tímido, vergonzante, de pensamientos o entrevisiones de primavera que –apenas nacen– delicadamente rechazo o ladeo. No quiero adelantarme, yo solo... ¡Estoy tan *sincronizado*, tan concorde con mi *partenaire*! Pero ¿un día llegará, di?).

Un telegrama a Germaine, enviado desde Sevilla a París, de 17 de octubre de 1933, resume lacónicamente la ansiedad del trabajo en la célebre composición: “Cuánta primavera por salvar todavía. Jorge”. “Salvación de la primavera”, en efecto, no se terminará hasta el 6 de febrero de 1934, en Sevilla por supuesto.

Seis son los poemas nacidos en Sevilla en los meses siguientes y que llegaron a formar parte de la edición de *Cántico* de 1936. Aunque el trabajo del poeta sobre sus composiciones era constante, en dos momentos de concentración se producen estos seis poemas. Cuatro de ellos, en los días finales de mayo de 1933, entre el 28 y el 31 de ese mes. Y otros dos, en enero de 1934, entre el 23 y el 25.

“El sediento” es el primer poema de esta serie presidida por la luz de Sevilla y por su temperatura de primavera entrada, ya en mayo. Nos podemos imaginar a Guillén regresando a casa desde la Universidad, en el mediodía de una Sevilla espléndida, tras los exámenes de la convocatoria de mayo de aquel año. El poema se inicia el día 28 de mayo. Sabemos, por las cartas a Germaine, que Guillén ya está de exámenes y prácticamente ya de vacaciones. Enseguida, en una semana, se reunirá con su familia. Son los últimos días del curso y escribe una tarde desde los jardines del Alcázar a Germaine. Es el mismo domingo 28 de mayo por la mañana:

Te escribo, cherie, desde los Jardines del Alcázar.
 ¡Vacaciones! Mi primera mañana libre tenía que ser consagrada —en parte, al menos— a estos Jardines. Estoy sentado junto a una verja —con tiestos— que separa los jardines que siguen la galería de los grutescos —pero en la parte antigua, en la el lado de acá. Un poco más allá, frente a mí, está el pabellón de Carlos Quinto. Caravanas de turistas pasan y se alejan. Me encanta esto de *usar* estos lugares, tan fugitivos y de paso para casi todos [...] Calor. El asiento es duro.

Y ese mismo día, comienza la escritura de “El sediento”:

¡Desamparo tórrido!
 La acera de sombra
 Palpita con toros
 Ocultos. Y topan.

Un sol sin aleros.
 Masa de la tarde.
 Convierte en silencio
 De un furor el aire.

¡De prisa, que enfrente
 La verja franquea
 Su reserva! Huele,
 Huele a madreSelva.

Penumbra de olvido
 Guardan las persianas.
 Sueño con un frío
 Que es amor, que es agua.

¡Ah! Reveladora,
 El agua de un éxtasis
 A mi sed arroja
 La eternidad. —¡Bebe!

De estos días sevillanos, últimos de mayo y últimos de su curso académico, quedan otros poemas en los que brillan los colores de la primavera avanzada y el paisaje muestra, con sus tonos y matices, con sus luces y sus sombras, el esplendor que caracterizó la poesía de los dos primeros *Cánticos*, el de 1928 y el de 1935. El río es desde luego el Guadalquivir, y serán dos las décimas que nos lo muestren con todo su caudal embelleciendo aún más el paisaje y, por supuesto, la existencia, la vida gozosa que el poeta disfruta en este momento de final de curso y a punto de marchar a reunirse con su familia en vacaciones. En la primera, “Verdor es amor”, escrita el día 30 de mayo, dos colores predominan, el verde del color de las aguas y el azul (zarco) del cielo para evocar el amor (esto es, el vitalismo irrenunciable de Guillén) y la ley de permanencia que todo río sugiere:

El río diseña un arco.
 ¡Mejor! Nos guarda en su parte.
 Dos horizontes comparte
 Nuestra lentitud. El barco
 Se para ¡Tierra! Tan zarco
 Cielo pide una espesura
 De intimidad. ¡Qué segura
 La promesa del verdor
 Fluvial! Verdor es amor.
 El río se da y perdura.

La segunda décima es la muy conocida “Verde hacia un río”, escrita los días 30 y 31 de mayo, en la que el mismo verde predomina, pero ahora sugerido por la espesa masa vegetal, mientras que son los sonidos de los pájaros, tan frecuentes en los paisajes de *Cántico*, los que ahora completan la vitalidad del entorno, reflejando de nuevo más que una realidad, pura existencia, vida alrededor. Río y color representan ahora la exaltación del vitalismo guilleniano:

Pasa cerca, le adivino.
 Con él cantan, y en follajes
 Aún más sonoros –¡no bajas
 De prisa!– pero sin trino,
 Los pájaros. Es más fino
 Su gorjeo infuso en masa
 Vegetal. ¿Quién acompasa
 La dicha? Desciende el monte
 Muy despacio. Ven. Disponte
 Ya a lo mejor. Cerca pasa.

Completa el conjunto, “Los tres tiempos”, un poema en cinco cuartetas asonantadas, escritas los días 29 y 30 de mayo, para contener un poema de ausencia, de recuerdo, ante una tarde en Sevilla, de otras tardes y otros gozos, recuperando sensaciones, aromas y fijando el momento en que el poema se escribe, el paso de mayo a junio, para trascender desde el pasado al presente y de ahí a la eterna permanencia, tiempo eterno, se dice en el poema, porque es el tiempo vivido que permanece indeleble en la memoria y que puede surgir de pronto, como ahora mismo está ocurriendo. Son los tres tiempos evocados en el título: el presente de finales de mayo en Sevilla, el pasado evocado con su aroma y el tiempo eterno en la memoria (ayer, hoy, siempre). Surge de nuevo el Guillén de los adverbios de tiempo con la primera letra mayúscula: Hoy, Siempre, convertidos en nombres sustantivos propios frente a ayer, aún con minúscula inicial:

De pronto, la tarde
 Vibró como aquellas
 De entonces –¿te acuerdas?–
 Íntimas y grandes.

Era aquel aroma
 De Mayo y de Junio
 Con favores juntos
 De flor y de fronda.

Fijo en el recuerdo,
 Vi cómo defiendes,
 Corazón ausente
 Del sol, tiempo eterno.

Las rosas gozadas
 Elevan tu encanto,
 Sin cesar en alto
 Rapto hacia mañana.

De nuevo impacientes,
 Los goces de ayer
 En labios con sed
 Van por Hoy a Siempre.

Los otros dos poemas iniciados en Sevilla y que pasaron a *Cántico* de 1936, fueron escritos, como hemos adelantado, en enero de 1934. Son dos décimas, la primera “En plenitud”, escrita entre los días 24 y 25 de aquel enero:

Después de aquella ventura
 Gozada, y no por suerte
 Ni error —mi sino es quererte,
 Ventura, como madura
 Realidad que me satura
 Si de veras soy— después
 De la ráfaga en la mies
 Que ondeó, que se rindió,
 Nunca el alma dice: no.
 ¿Qué es ventura? Lo que es.

Poema central en *Cántico*, que evoca, como en el título se sugiere, la plenitud, la luz y el aire, todo enmarcado en una activa relación entre espacio y tiempo, entre esencia y existencia, que desemboca en un existencialismo vitalista único en la poesía española. La condición objetiva y jubilosa de ese existencialismo en un presente continuo determina la forma y estructura de este poema, que exalta la ventura como madura realidad que afirma la esencia del ser, la esencia y la vida del propio poeta (“si de veras soy”), y que se cierra con ese final en tono de adivinanza, enigmático, con respuesta más que palmaria. “¿Qué es ventura? Lo que es”.

La otra décima es una de las más celebradas del poeta, recogida en numerosas antologías, y recordada por Joaquín Caro Romero en su *Jorge Guillén* cuando en marzo de 1967 visita, con el poeta, los jardines del alcázar de Sevilla, que Guillén fre-

cuentaba, como sabemos, durante sus días sevillanos y donde oyó leer a Federico García Lorca su *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* (lo cuenta Guillén en su *Federico en persona*) una tarde de primavera de 1935, a la que asistía Claudio Guillén, «niño en Sevilla», como lo llama Lorca en la dedicatoria de la “Casida de las palomas muertas” de *Diván de Tamarit*. Es “Jardín que fue de don Pedro”, que se escribe un año antes, el 23 y el 24 de enero de 1934:

Como es primavera y cabe
 Toda aquí... Para que, libre
 La majestad del sol, vibre
 Celeste pero ya suave,
 O para entrever la clave
 De una eternidad afín,
 El naranjo y el jazmín
 Con el agua y con el muro
 Funden lo vivo y lo puro:
 Las salas de este jardín.

El poema cuando aparece en la revista *Literatura* (2, 1934) lleva una bien expresiva dedicatoria “A P. S.”, que no es otro que Pedro Salinas, aunque no sea el don Pedro propietario del jardín, sino Pedro I de Castilla, el Cruel o el Justiciero. La dedicatoria se suprime en la edición de *Cántico* de 1936, porque todo el libro contiene una “dedicatoria final”: “Para mi amigo Pedro Salinas”. El poema va mucho más allá de la estampa local para trascender hacia lo permanente y centrarse en los valores indelebles de *Cántico*, porque el argumento de la décima nada tiene que ver con la majestad del edificio ni con la majestad del rey evocado en el título, ni siquiera con la belleza de los jardines.

Son el tiempo, reflejado en adelantada primavera, y la mención del sol (única majestad presente en el poema) los que elevan ese tiempo a eternidad (“para entrever la clave / De una eternidad”). Y lo vivo (vida) y lo puro (pureza) lo funden naranjo, jazmín, agua y muro en la realidad ante el poeta: el propio jardín con sus salas.

Todos estos poemas (los cuatro más sevillanos “Verde hacia un río”, “Verdor es amor”, “Jardín que fue de don Pedro”, y

“En plenitud”, se agrupan en la sección primera de *El pájaro en la mano*, y así permanecerán en la definitiva de 1950) formaron parte de la edición de *Cántico* de 1936, edición que publica José Bergamín en Ediciones El Árbol de *Cruz y Raya*, la misma editorial que publica en 1936 *Razón de amor* de Pedro Salinas y la misma que, en julio de 1936, iba a comenzar la publicación de *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca. Todo lo interrumpe el comienzo de la Guerra de España, aquel 18 de julio. Aun así, el trabajo de Guillén y la elaboración de *Cántico* siguen adelante, a pesar de que las circunstancias del poeta en Sevilla, aquel verano y los meses siguientes, fueron de lo más adversas.

Guillermo Carnero completó su edición del libro de Jorge Guillén: *Cienfuegos, investigación original de la Oposición a Cátedra de Lengua y Literatura Españolas (1925) y otros inéditos (1925–1939)*, con valiosos documentos rescatados de los archivos de la Universidad de Sevilla que testimonian su relación con la Universidad hispalense hasta los años de la Guerra de España, y documentan el modo en que se produjo su exilio, iniciado en 1938, entre ellos el discurso en el Paraninfo de la Universidad de Sevilla, el 12 de octubre de 1936, y el expediente incoado por la Comisión Depuradora del Profesorado Universitario junto a las cartas, oficios y otras comunicaciones relativas a ese procedimiento.

En el sólido estudio preliminar, Carnero, al hilo de las investigaciones sobre la obtención de la cátedra, dedica también un amplio espacio a las actividades desarrolladas por Jorge Guillén en su época de Murcia, entre 1926 y 1929, cuando fundó en aquella ciudad, junto a Juan Guerrero Ruiz, la revista *Verso y Prosa*. La reconstrucción de todos los sucesos entre el año 1925 y la marcha al exilio del poeta vallisoletano es muy concienzuda, detallada y amena, y su valor reside en que, por fin, se averigua la verdad de lo ocurrido con el poeta en la Sevilla del General Queipo de Llano en los años de Guerra, y cómo Guillén fue acusado y perseguido por los depuradores, que le hicieron la vida imposible.

También sabemos por este libro, hasta qué extremo o hasta qué punto colaboró Guillén con el régimen. El exilio sería la única opción posible, pero, antes de lograrlo, Guillén, liberal

de conciencia y de estilo, sufrió todo tipo de persecuciones que soportó con elegancia y paciencia, según testimonian los documentos aportados por Carnero. El discurso del Día de la Raza de 1936, que con frecuencia se ha esgrimido para asegurar que Guillén se doblegó, no es sino una comprometida y hábil exposición en la que exaltaba la unidad de España aunque de una forma distante y sin compromisos, lo que no le ayudó en absoluto sino todo lo contrario, tal como podemos advertir en algunas de sus afirmaciones:

Ante todo, quede bien asentado que lo español no constituye sólo un motivo de orgullo, de amor y de canto —en suma, de pasión— para los herederos de un pasado famoso. Lo español se nos impone a nosotros y al resto del mundo como una calidad que vale objetivamente entre las más espléndidas calidades humanas. No hay más remedio que rendirse ante la fuerza del espíritu creador que ha soplado y se ha expresado en España en castellano ¡Y qué mayor culminación creadora que esta lengua castellana, a lo largo de ocho siglos de una gran literatura!

Manifestaciones éstas poco triunfalistas, sin duda, que no gustaron nada a sus superiores.

El trabajo poético para la continuación de *Cántico* que desarrolla Guillén en Sevilla a partir de 1936, lo podemos concentrar, de acuerdo con los datos de que disponemos, en tres etapas:

La primera se desarrolla en enero—febrero del propio 1936, cuando reelabora por primera vez el único poema iniciado en Sevilla en diciembre de 1934, «La habitación», y que no terminará hasta noviembre de 1936. Guillén comienza en estas fechas en Sevilla la redacción de nueve poemas, que en la edición definitiva de *Cántico* agrupará en diferentes secciones de *El pájaro en la mano*, donde reúne los poemas en los que se afirma la multiplicidad de la existencia.

El segundo período de inicio de poemas sevillanos, muy fecundo por cierto, tiene lugar entre noviembre de 1936 y febrero de 1937, cuando redacta la primera versión o la definitiva de 24

composiciones. Estos poemas figurarán en la edición definitiva de *Cántico* agrupados en las mismas secciones de *El pájaro en la mano*.

Y la tercera y última etapa tiene lugar en agosto de 1937, cuando Guillén inicia o completa en algunos casos, seis poemas más, que figurarán en la edición definitiva agrupados en las mismas secciones de *El pájaro en la mano*.

Total treinta y nueve poemas sevillanos más, pero eso sí algo diferentes de los de *Cántico* de 1936, que ya hemos visto.

Del grupo de poemas de enero–febrero de 1936, predominan las reflexiones sobre el tiempo y su transcurrir, tiempo en muchas oportunidades de espera para el amor, aunque la luz y la presencia del entorno vuelven a aparecer y, por supuesto, Sevilla con todo su esplendor, ahora evocada en pleno invierno. Son poemas en los que la amada presente es contemplada como realidad de un mundo que el poeta vincula cada vez más al paso del tiempo y a su transcurrir. Sin el entusiasmo de otras épocas, la hermosura del entorno ennoblece estancias y sentimientos, y el amor se hace más intenso y gozoso. “Los recuerdos”, un cuarteto de los días 9 y 10 de enero de 1936, abre la serie en tono de *ubi sunt*:

¡Qué fue de aquellos días que cruzaron veloces
Ay, por el corazón? Infatigable, a ciegas,
Es él por fin quien gana. ¡Cuántos últimos goces!
¡Oh tiempo: con tu fuga mi corazón anegas!

Otro cuarteto, de versos partidos, “Dormido soñador”, escrito los días 17 a 19 de enero de 1936, evoca al poeta entregándose al sueño para despertar repentinamente:

Cedí,
me abandoné,
confié a la tiniebla
Toda el alma y su peso
para profundizar
Hasta el fondo arenoso que el desvarío puebla.

¡Ay!

Emergí. ¡Qué dicha sobre el nivel del mar!

Desde luego, un poema como “Buenos días”, escrito el día 19 de enero, nos devuelve al Guillén de los amaneceres—comienzo de vida, por lo que el poeta lo situará al comienzo de la sección IV de *El pájaro en la mano*. Y quizá una entrada en Sevilla al nacer el día es la evocada en el poema:

¡Sí!

Luz. Renazco.

¡Gracias!

Un silbido

Se desliza aguzándose, veloz, hacia la aurora.

¡Buen filo!

Rasgando irá la sombra

Que se interpone aún entre el sol y el afán.

Despertar es ganar.

Balcón ¡Oh realidad!

A través del aire o de un vidrio, sin ornamento,

La realidad propone siempre un sueño.

Canta, gallo joven,

Canta con fe. Te creo.

Del día 22 es “Los fieles amantes”, en el que la representación del amor se inscribe en el ámbito el gozo diario: perfección, noche, candor, todo confluye en una escena en la que hay pasión cotidiana pero infinita, tal como la representa esta décima anisilábica, tipo de estrofa que cultivará en estos días habitualmente:

Noche mucho más noche: el amor ya es un hecho.

Feliz nivel de paz extiende el sueño

Como una perfección todavía amorosa.

Bulto adorable, lejos

Ya, se adormece,

Y a su candor en la isla se abandona,

Animal por ahí, latente.

¡Qué diario Infinito sobre el lecho

De una pasión: costumbre rodeada de arcano.

¡Oh noche, más oscura en nuestros brazos!

Poema que se relaciona con otro cuarteto, “Amor dormido”, escrito muy pocos días después, entre el 5 y el 7 de febrero

de 1936, en el que el amor se define por la proximidad de los amantes en el sueño y en despertar:

Dormías, los brazos me tendiste y por sorpresa
Rodeaste mi insomnio. ¿Apartabas así
La noche desvelada, bajo la luna presa?
Tu soñar me envolvía, soñado me sentí.

Del día 23 es “Cielo del poniente” un cuarteto que capta y trascendentaliza un poniente, cualquier poniente:

Hay una profusión furiosa de final.
Para morir en triunfo la multitud es apta.
Irrumpe entre carmines un ímpetu animal.
La maravilla invade violenta y nos rapta.

Y toda esta serie se cierra con “Gallo al amanecer”, escrito entre los días 8 y 9 de febrero de 1936, y que el poeta situará en la edición definitiva de *Cántico*, al comienzo de *Aquí mismo* (la sección en que ser y existencia se relacionan), junto a otros poemas de amanecer y de despertar. Este poema, de apariencia jocosa o divertida, es, sin embargo, una nueva afirmación del ser y del optimismo del poeta ante el nuevo día. El gallo arrincona la pena del poeta, porque le muestra la luz y el renacer, frente a la sombra, rota por el guirigay y la verbena que suscita la alegría del canto del gallo:

(Sombras aún. Poca escena).
Arrogante irrumpe el gallo.

Yo.
Yo.
Yo.
¡No, no me callo!

Y alumbrándose resuena,
guirigay
De una súbita verbena:
-Sí.
Sí.
Sí.
¡Quiquiriquí!

–¡Ay!
 Voz o color carmesí,
 Álzate a más luz por mí,
 Canta, brilla,
 Arrincóname la pena.

Y ante la aurora amarilla
 La cresta se yergue: ¡Sí!
 (Hay cielo. Todo es escena).

El nutrido grupo de poemas realizado en Sevilla entre noviembre de 1936 y enero de 1937 (ya entrada la Guerra de España) muestra un Jorge Guillén muy reflexivo, refugiado en la vivencia ideal del amor y de la amada (ausente) intentando, desde luego, superar con su palabra poética las adversas condiciones personales que está viviendo en esos días. El poema “Los brazos”, escrito entre los días 24 y 25 de noviembre abre la serie con tales sentimientos:

!Cómo sueñan los brazos! Son ellos los capaces
 De ajustar a su orbe fabuloso y pequeño
 –Amor: henos aquí para que nos enlaces–
 Esa verdad tan plena que se convierte en sueño.

Pero también está vivo y vigente el Guillén de los espacios abiertos, el Guillén de la luz y del aire, el Guillén vitalista inagotable, aunque aparezcan signos de soledad y de vacío. Las entonaciones interrogativas, las exclamativas y las consiguientes afirmaciones marcan la lucidez de la representación poética. Un poema del 6 de diciembre, “En el aire”, evoca primavera y mayo (con el eterno símbolo del amor, Venus) en su condición de signos de la irrenunciable esperanza en momentos oscuros:

En el aire, la luz.
 ¿Hay soledad?
 Hay desnudez vacante
 Con transparencias en expectación,
 Algo como un vacío sonriente.

¿Vacío?
Luz.
¿El aire!
Algo cruje futuro:
Un porvenir tan leve que se agrega al silencio.

¿Nunca ha sido la nada?
Hoy no es.
A través de la luz, desnudas, vibran
–Mayo siempre con Venus– una espera,
Una esperanza.

Como contrapunto, la ausencia de la luz a pleno día, no muy frecuente en *Cántico*, tiene su representación en el quinteto “Contigo el día oscuro”, de 12 y 13 diciembre. Sin embargo, la penumbra genera dulzura y augura futuro, porque el optimismo esencial nunca desaparece:

Contigo el día oscuro,
Bajo el cielo nublado, da al presente un aroma
De adorable futuro.
La vaguedad orea con aire gris y toma
Dulzura a tu conjuro.

Son constantes los gestos que anuncian futuro y que traen escenas de primavera mejor, como en “Rosa olida”, del 8 de diciembre, otra décima anisosilábica prendida a una escena cotidiana, plena de aroma y futuro y, en este caso más, con la amada como protagonista:

Te inclinaste hacia una rosa,
Tu avidez
Gozó el olor, fue la tez
Más hermosa.
Y te erguiste con más brío,
Más ceñida de tu estío
Personal,
Para mí –sin más ayuda
Que una flor– casi desnuda:
Tú, fatal.

“La hierba entre las tejas”, de 20 y 22–23 de diciembre, representa en esos brotes silvestres, desde la ventana, primavera intuida, o, como dice el poeta, tenaz esperanza de paisaje. En todo caso, lo que se advierte es la sensación de búsqueda y de refugio en otros tiempos, que todos estos poemas evocan, siempre como signo de esa irrenunciable esperanza:

Es alegre la hierba entre las tejas
 ¡Qué importan las persianas
 De penumbra impaciente,
 Y la fatalidad a plomo ante estas rejás
 Y ese muro con ansia de ventanas,
 Si primaveralmente
 Me ilusiona y se aviva
 La insinuación silvestre que en las telas encaje,
 Sin hombres, sola arriba!
 Es tenaz la esperanza con paisaje.

Similar sentido tiene esta visión de un caserón sevillano, quizá un convento con dos patios, uno de ellos velado al poeta, aunque imaginado con más luz, con sol, en invierno. Es la décima irregular “Casa con dos patios”, del 11 y 13 de diciembre de 1936, la que refleja clausura y soledad en un edificio ante el que el poeta se siente forastero:

Siempre seré el forastero
 Que ve junto a la cancela
 Cómo en el patio primero
 Mármol frío
 Vela
 Por el señorío.
 Pero aquel patio segundo
 Con su cielo –tierra
 con sol– me envuelve en un mundo
 Que pasma, ciñe y se cierra.

La memoria, el goce, la inminencia, el júbilo, la plenitud, la luz y el aire, todo enmarcado en una activa relación entre espacio y tiempo, entre esencia y existencia, que desemboca en un existencialismo vitalista único en la poesía española, caracterizan *Cántico* en su conjunto, y el poeta en estas composiciones de finales de 1936 no renun-

cia a estos alicientes. La plenitud, la totalidad, el gozo de la existencia, son proverbiales y tal es el signo que domina en muchos poemas de *Cántico*. Quizá “La palabra necesaria”, de 20 y 22 de diciembre, sea la más clara visión del anhelo de primavera en invierno, evocación de jardines en junios y búsqueda de un nombre para una flor, búsqueda de la palabra necesaria que dé ánimos al poeta, a la memoria del poeta:

He visto en los jardines tales Junios sin hombres
 Que mi voz necesita decir, entre los nombres
 Celestes de la flora,
 Alguno que al sonar me restituya
 La Aurora
 Violenta,
 Cuando irrumpe con ramos y hace suya
 La luz que más inventa.
 Pido un nombre de flor que en la memoria anime:
 Total y sin nadie el jardín de Junio sublime.

La condición objetiva y jubilosa del vitalismo existencial de *Cántico* en un presente continuo, enmarcado en el transcurrir del tiempo y en su propia historia, determina la forma y estructura de todos y cada uno de los poemas del libro. Porque el tiempo con su transcurrir comparecerá una y otra vez como elemento de reflexión. Pero el amor es perfecto y se extasía, con su plenitud, en sus límites, viviendo lo presente, pero también lo eterno, por encima del tiempo. “La vocación”, escrito un 31 de diciembre, el de 1936, en fecha especialmente temporal, recoge esta inquietud

Cada minuto viene tan repleto
 Que su fuerza no pasa,
 Y aunque el reloj sujeto,
 No se humilla a su tasa
 Justa, no se disuelve en un discreto
 Suspiro. Por debajo
 De un más sensible sin cesar Presente,
 Cada minuto siente
 Que seduce una voz a su trabajo.
 – Dame tu amor, tu lento amor, detente.

Los poemas de enero de 1937 iniciados en Sevilla intensifican la inquietud por el tiempo del poeta, por los distintos momentos del día, desde el amanecer al anochecer, y, como suele

ser habitual en estas representaciones de la naturaleza, expresa el gozo ante unos ambientes que reflejan plenitud, aunque dejen sentir detalles del contexto climático en que se producen. Del 12 de enero es un poema gozoso y estimulante, aunque una brisa fría lo protagonice; pero lo amortigua. Su título, “Sol con frío”:

Se derrama en un aire juvenil
 Una brisa de frío.
 Más juvenil aún,
 Jovial,
 Resbala el frío sobre el sol mientras yo corro.
 A través de clarísima frescura,
 Con limpidez en creación me embriago.
 La inteligencia es ya felicidad,
 Bocanada de gracia
 Como un frío de luz –que se respira.

Tal sensación de felicidad no está ausente, desde luego, en la serie de poemas sevillanos que compone en los primeros días del mes, y que reflejan el tiempo, su tiempo, desde la mañana hasta la noche. “Vocación de ser”, el 9 y 24 de enero, expresa la plenitud de la mañana y, por supuesto, la plenitud del contemplador, atónito, que afirma su vocación de ser, como se anuncia en el título: la hierba incipiente, el viento impoluto, virginal, irrespirado, contribuyen a esta sensación de perfección vital del ser que afirma su vocación: Cinco pareados asonantes de tetrasílabo y alejandrino constituyen una original estructura estrófica que será común a estos poemas sevillanos de enero de 1937:

La mañana.
 El olor a intemperie con rocío se ensancha,
 Busca espacio
 Virgen, profundidad en viento irrespirado,
 Y la hierba
 Recién aparecida, asomándose apenas
 Con su verde
 Pueril a los terrones que una gracia remueve.

De una vez
Extrema en el atónito su vocación de ser.

Una décima anisosilábica de versos blancos, titulada con el coloquial “Media mañana”, del 10 de enero, vuelve a la representación el sol en una mañana fijada en el reloj a las once (tres veces señala en el poema tal precisión horaria: las once) para establecer la maravilla (dos veces nombrada) de lo normal y lo humilde que es lo dichoso, cuando los ruidos son susurro (dos veces):

Los ruidos tararean un susurro
Que ya en su cielo sonaría a canto.
Susurro aquí resbala
Sobre el sol de las once suavizándose.
Creo en la maravilla suficiente
De esta calle a las once.
Cuando la vida arrecia
Con robustez normal, dichosa casi,
Humilde, realizada.
Las once son, la maravilla es tuya.

La representación de la tarde corresponde a “Junto al balcón”, del 7 al 9, y del 25 al 27 de enero, escena del interior doméstico (con librería incluida) iluminado por un sol que penetra en la habitación y genera paz mientras eterniza el momento dorado de esa tarde, probablemente invernal:

Por la tarde,
El rayo de sol agudo y precio, y amante.

Se detiene
Sobre el lomo de algún volumen visiblemente.

Se ilumina
Inmensa, la paz. ¿Cómo cabe en la librería?

Y el silencio
De tanta duración humana va tan lejos

Que el instante
Se yergue universal y dorado en la tarde.

A “Férvido”, de los días 5 y 6, 26 y 27 de enero, le corresponde el crepúsculo urbano, en una virtuosa sinfonía de ardiente plasticidad cromática con la que va apagando colores que fueron antes brillantes: azules, amarillos, carmines apagándose correlativamente en barrios, riberas y torres, para concluir en un rojo atardecer:

¡Cuántos humos
De ciudad y de cielo, cuánto hervor de crepúsculo!

Por los barrios
Se pierden los más frágiles azules solitarios.

Se extenúan
Delirios amarillos en riberas de angustia.

Los carmines
Lanzan hacia las torres nubes irresistibles.

¡Esplendor
Hasta el escándalo, clavel, celestial, adiós!

Y a “Profundo anochecer”, del 3 a 5, 26 a 27 de enero de 1937, le incumbe el oscurecer, en el que se van ocultando la tarde y los pájaros para llegar a un más allá de ternura y noche. La estructura de cinco pareados tetrasílabo/alejandrino vuelve a acoger este ámbito alborozado de paisaje entre jardines con magnolio al frente:

Alborozo.
Palpita con creciente pulsación el magnolio.

Los tejados
Van rindiendo al verdor, tan noble, tarde y pájaros.

Entre hojas,
Murmullos de invisible inquietud suplican sombra.

Late el árbol,
Yo quieto, con latido de corazón velado.

¡Qué es entonces?
Un más allá se crea con ternura y con noche.

Los cuatro poemas estructurados sobre la forma de cinco pareados tetrasílabo/alejandrino, “Vocación de ser”, “Junto al balcón”, “Férvido” y “Profundo anochecer”, los entregó Guillén para su publicación en la revista sevillana *Mediodía*, que proyectaba iniciar una nueva época. Pero los poemas no aparecerían hasta 1939, en el número 1 de la nueva publicación, cuando ya Jorge Guillén estaba exiliado (o emigrado, como le gustaba decir a él) en Canadá, en Montreal.

De esta etapa es un poema que ha hecho especial fortuna, sobre todo por su primer verso, que se ha convertido en frase proverbial firmada por Jorge Guillén. Nos referimos a “Los amigos”, escrito el 13 de enero de 1937, y que merece ser recordado por su tono nostálgico y un tanto melancólico, sobre todo si tenemos en cuenta lo adverso del contexto en que se escribe, Sevilla y enero de 1937, ya sin amigos:

Amigos. Nadie más. El resto es selva.
 ¡Humanos, libres, lentamente ociosos!
 Un amor que no jura ni promete
 Reunirá a unos hombres en el aire,
 Con el aire salvándose. Palabras
 Quieren, sólo palabras y una orilla:
 Esos recodos verdes frente al verde
 Sereno, claro, general del río.
 ¡Cómo resbalarán sobre las horas
 La vacación, el alma, los tesoros!

Sabemos que en *Cántico*, sobre todo en el *Cántico* escrito a partir de 1936, comienzan a aparecer elementos adversos contra los que el poeta se rebela, porque se enfrenta decididamente con el mundo moderno, con las agresiones de la sociedad de nuestros días, saliendo airoso y con la moral muy alta y, sobre todo, con una irrenunciable esperanza impulsada por el vitalismo, mantenido frente a las agresiones de los enemigos de siempre, frente al paso del tiempo, frente a la muerte. Son los enemigos del hombre, que se agolpan contra él con sus sonidos, con su brusquedad, que en este momento envuelven al poeta, aunque se mantiene firme ante los desajustes y el descontrol, porque lo que se expresa en definitiva es el enfrentamiento del

poeta a la realidad. “A pesar de todo”, escrito el 15 de enero de 1937, muestra, en un final sorprendente e inesperado, la estatua moral del poeta, a pesar de todo:

Sordos al atropello de voces y altavoces
 En una batahola de pregón y cartel,
 Extraños a la masa continua del bullicio
 –Montones que se ignoran entre el calor y el polvo–,
 A pesar de las redes invisibles del aire
 –Tanto crimen difuso, tanto cómplice ardid–,
 Se abrían paso a pie, despejaban su ruta,
 Oyendo alrededor la algarabía amiga,
 Gozando –sin mirar al cielo– del azul,
 Seguros, implacables, los dos enamorados.

Y en “Anulación de lo peor”, del 10 de enero, aparece frente a la angustia de la noche, la insobornable esperanza en el sol que traerá la mañana y la luz:

Sin luces, ya nocturna toda, bárbara.
 En torno a los silencios encrespándose,
 La noche con sus bestias aulladoras se yergue.
 ¿Una aprensión de angustia?
 No temas.
 Los aullidos,
 El mal con sus galápagos, sus gárgolas,
 Noche abajo enfangándose, cayendo,
 En noche se transfunden. La noche toda es fondo.
 Espera, pues.
 El sol descubrirá.
 Bellísima inocente, la simple superficie.

Como hemos podido advertir, los poemas iniciados en Sevilla entre noviembre de 1936 y enero de 1937 revelan a Jorge Guillén refugiado en su palabra poética, en la que cifra todas sus esperanzas de salvación ante la adversidad circundante, porque su optimismo es irrenunciable. Pero no es menos cierto que son muchas las sombras que aparecen en estas representaciones ansiosas de plenitud y de libertad, esa libertad que no tardaría el poeta en decidir por su cuenta para salir del atolladero en que se encontraba. La luz de Sevilla le ayudaba, qué duda cabe, a soportar este crudo invierno psicológico.

El optimismo permanente de Jorge Guillén se confirmará en los últimos poemas que inicia en Sevilla, en la serie de agosto de 1937, en los que el amor y los impulsos amorosos confirman la validez de la irrenunciable esperanza del poeta. Una vez más, en *Cántico*, la representación del amor está definida por la multiplicidad de matices y coincide, en su expresión, con los tonos que caracterizan el libro y marcan sus estímulos: la plenitud, la alegría, la felicidad, la posesión de la amada, la unión entre los amantes, la fusión de su carne y de su espíritu, la lealtad, la fe, reflejan el sentido último de un amor vivo y vivido, cuya musa esencial es la esposa, Germaine, cuya presencia en el libro es absolutamente real y tangible. Un poema, escrito entre el 14 y el 25 de agosto de 1937, nos muestra al poeta en pleno verano de Sevilla, pero el amor todo lo mitiga y calma. “Tras la gran sed” así lo proclama en uno de esos finales sorprendentes tan de *Cántico* y del Guillén de siempre:

Agosto me despeña
 –sed, sed, sed–
 a su infierno.
¡Ah! De repente, Dios,
 y un pronto de agua fría,
Ebriedad en relámpago, es el amor eterno
Que colma de una vez con remota alegría.

“Preferida a Venus”, de los días 16, 20 y 21 de agosto de 1937, nos permite intuir a la amada, imaginada nadadora, que surge de la espumosa agua marina, y que es preferida a la diosa clásica, ya que Venus no es sino un sueño y la amada una realidad prodigiosa palpable. El poema vuelve a utilizar la estructura estrófica de cinco pareados tetrasílabo/alejandrino y este poema también se publicaría por primera vez en la revista sevillana *Mediodía*, en 1939:

De las ondas,
Terminante perfil entre espumas sin forma,
Imprevista
Surge –lejos su patria– la seducción marina.
¡Salve, tú
Que de la tierra vienes para ser en lo azul

No deidad
Soñada sino cuerpo de prodigio real!

Nadadora
Feliz va regalando desnudez a las ondas.

Donde también se daría a conocer “La verde estela”, del 15 y el 21 de agosto de 1937, estructurado métricamente con el mismo patrón de cinco pareados tetrasílabo/alejandrino:

Tan hostil
Es el azul del mar al Infinito gris,

Y con tales
Figuras se responden oleaje y celaje

Que el abismo,
Sensible a una mirada, queda claro y amigo,

Breve y noble
Cuando se ajusta al círculo que traza el horizonte

Si algún barco
Riza su verde estela, capital del espacio.

Verde la estela sobre el azul del mar, azul que se vuelve a hallar en un intenso poema amoroso, “Siempre lejos”, del 28 de agosto, en Sevilla:

Solo tú,
Siempre lejos
En secreto,
Calmas
Lo azul demasiado azul.
Gárrulas encrucijadas
Del día: el sol
En las bocas.
Para tu amor hay noche: silencio a la redonda
De tu voz.

Y, por fin, “Los labios”, del 13 y el 17 de agosto, culminación de la representación amorosa de *Cántico* en aquel oscuro agosto de 1937, con la amada lejos, en una bien conjuntada dé-

cima alejandrina en cuyos versos va alternando realización del amor y entorno natural. Mientras se van evocando labios y beso en los versos impares, en los versos pares surgen fronda, nube, cielo, flor, sol, azul y mediodía, para alanzar en el último verso el “éxtasis conquistado”:

Te besaré, total Amor, te besaré
 –En torno a su retiro tan continua la fronda–
 Hasta rendir por ímpetu de súplica los labios
 –Sin una nube el cielo sueña con una flor–
 A su más fervorosa crisis favorecida,
 –Frenesí de clavel bajo el sol y el azul–
 Al más irresistible paraíso evidente
 –A plomo el mediodía sobre nuestras dos sombras–
 Que nos embriagará de inmortal realidad.
 ¡Tesón en la ternura, éxtasis conquistado!

Y termino. Me contó Claudio Guillén, una fría mañana de diciembre en Murcia, cuando recorriamos la calle de la Aurora (inspiradora de uno de sus poemas americanos), que su padre cuando, en los fríos inviernos de Nueva Inglaterra, rodeado de nieve por todas partes, quería entrar en calor, imaginaba espacios de las ciudades cálidas del Sur de España, en las que había vivido, y entonces escribía poemas con los recuerdos de sus ambientes cálidos y acogedores.

Así, el 17 de enero de 1944, en Wellesley, escribió, con los recuerdos de Sevilla y del cálido ambiente de su Alcázar, un poema en pareados que ha sido muy celebrado, titulado “Aquel jardín” y dedicado “Para mis amigos de aquel Alcázar”:

Muros.
 Jardín bien gozado
 Por los pocos.
 ¡No hay pecado!

Perfección ya natural.
 Jardín: el bien sin el mal.

Buen sosiego. No hay descanso.
 Tiembla el agua en su remanso.

Tan blanca está esa pared
Que se redobla mi sed.

En más agua la blancura
De la cal se transfigura.

Fresquísima perfección.
La fuente en mármol y son.

Animal que fuere planta,
El surtidor se levanta.

¡Sífide del surtidor,
Malicia más que temblor!

Canto en el susurro suena
Si en mi soledad no hay pena.

¿Pena tal vez? A un secreto
De penumbra me someto.

Huele en secreto y me embarga
Con su olor la hoja amarga.

¡Ay! Las dichas me darán
Siempre este olor de arrayán.

Tengo lo que no tuve:
Mucho azul con poca nube.

El sol quiere que esta calma
Sea la suprema palma.

Muros.

Jardín

Bien ceñido,

Pide a los más el olvido.

Y a los muy pocos días, el 27 de enero de 1944, con los recuerdos de la cálida Murcia, escribe “Calle de la Aurora”:

Así se llama: calle de la Aurora,
Puro el arco en el medio, cal de color azul
Aurora permanente que se asoma,
–Sobre corro o motín–, al barrio aquel del Sur,
Humilde eternidad por calle corta.

Cántico, como hemos advertido, observa un interesante proceso de creación a través de las transformaciones operadas a lo largo de sus cuatro ediciones, lo que revela progresos sustanciales en los asuntos, motivos y temas literarios que conforman el mundo poético del libro: el hombre y las cosas, el ser, la plenitud del amor, la temporalidad, la muerte, el dolor, el desorden. Se puede hablar de dos épocas en la manera de abordar estos argumentos: una primera, formada por las dos primeras ediciones, antes de la Guerra de España, caracterizadas por un presente optimista; la segunda, constituida por los incrementos poéticos en las dos últimas ediciones, distinguida por la presencia de elementos disturbadores de la plenitud inicial. En todo caso, *Cántico* revela la manera de analizar el mundo de Jorge Guillén, su forma de penetrar en la realidad y captar sus esencias para transmitírselas a su lector.

Quiero concluir esta intervención con unas palabras de Joaquín Gimeno Casalduero, que muestran el sentido de todas estas representaciones poéticas que hemos querido y podido localizar en dos identificados y determinados entornos concretos, en Murcia y en Sevilla y, así, comprender el sentido sublimador y universalizador de la realidad que manifiesta con nitidez la poesía de *Cántico*:

El arte de Guillén, [...] se caracteriza [...] por el sabio manejo de una técnica que destruye en la realidad lo accesorio para aprehender y para definir su naturaleza. De ahí la claridad de la poesía guilleniana y el resplandor admirable de su universo. Resplandor admirable que se origina en lo más simple y profundo de las realidades que nos enmarcan, y que, porque las ilumina, nos sitúa en el lugar que nos es propio dentro del mundo al que pertenecemos. [...] Después de que Guillén [a la ciudad concreta] la ha contemplado se abre, sin accidentes ya, mostrando su realidad oculta: realidad que la trascendentaliza universalizándola.

BIBLIOGRAFÍA

- Dámaso ALONSO, “Los impulsos elementales en la poesía de Jorge Guillén”, en *Poetas españoles contemporáneos*, 3ª edición, Gredos, Madrid, 1969, pp. 207–243.
- Manuel ALVAR, *Visión en claridad. Estudios sobre Cántico*, Gredos, Madrid, 1976.
- Blanca ARENCIBIA (ed.), *Jorge Guillén. Recuerdo y homenaje*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1994.
- José María BALCELLS, *De Jorge Guillén a Antonio Gamoneda*, Universidad de León, León, 1998.
- Francisco Javier BLASCO PASCUAL, Antonio PIEDRA, (eds.), *Jorge Guillén, el hombre y la obra*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1993.
- Joaquín CARO ROMERO, “Los retornos de Jorge Guillén”, *ABC*, 23 de noviembre de 1967.
- , *Jorge Guillén*, Epesa, Madrid, 1974.
- Joaquín CASALDUERO, *Cántico de Jorge Guillén y Aire nuestro*, Gredos, Madrid, 1974.
- Birutė CIPLIAUSKAITĖ (ed.), *Jorge Guillén*, Taurus, Madrid, 1975.
- , “Prodigio de Murcia”, en F. J. DIEZ DE REVENGA Y M. DE PACO (eds.), *La claridad en el aire. Estudios sobre Jorge Guillén*, Cajamurcia, Murcia, 1994, pp. 37–50.
- Miguel CRUZ GIRÁLDEZ, “Jorge Guillén y Sevilla (Nuevas notas)”, *Archivo Hispalense*, 68, 209 (1985), pp. 183–114.
- , “Jorge Guillén: Sevilla en el recuerdo”, *Ínsula*, 554–555 (1993), pp. 50–52.
- , “La contribución de Sevilla a la generación del 27”, *Revista de Humanidades*, 17 (2010), pp. 59–74.
- Pierre DARMANGEAT, “Jorge Guillén o el Cántico maravillado”, en *Antonio Machado, Pedro Salinas, Jorge Guillén*, Ínsula, Madrid, 1969, pp. 201–280.
- Andrew P. DEBICKI, *La poesía de Jorge Guillén*, Gredos, Madrid, 1973.
- Elsa DEHENNIN, *Cántico de Jorge Guillén. Une poésie de la clarté*, Presses Universitaires de Bruxelles, Bruxelles, 1969.

- Francisco J. DÍAZ DE CASTRO, *Jorge Guillén. Un poeta de la afirmación*, Universidad de las Islas Baleares, Palma de Mallorca, 1994.
- , *La poesía de Jorge Guillén. Tres estudios*, Prensa Universitaria, Palma de Mallorca, 1987.
- , (ed.), *Jorge Guillén*, Universidad de Valladolid–Junta de Castilla y León, Valladolid, 2003.
- Francisco J. DÍAZ DE CASTRO, Antonio PIEDRA, Antonio GÓMEZ YEBRA, *Jorge Guillén*, Anthropos–Ministerio de Cultura, Barcelona, 1987.
- Francisco J. DÍEZ DE REVENGA, “Jorge Guillén y Murcia: notas a *Cántico*”, *Murcia*, 15 (1979), pp. 63–66.
- , “Jorge Guillén y Murcia: notas a un expediente administrativo”, *Murcia*, 16 (1979), pp. 46–49.
- , (ed.), *Jorge Guillén: la profundidad del aire*, Madrid, *Ínsula*, 554–555 (1993).
- , *De don Juan Manuel a Jorge Guillén*, Academia Alfonso X el Sabio–CSIC, Murcia, 1982.
- , “Sobre la génesis de *Cántico* de Jorge Guillén”, *Murgetana*, 66 (1984), pp. 99–118.
- , *Jorge Guillén: el poeta y nuestro mundo*, Anthropos, Barcelona, 1993.
- , “Jorge Guillén y la Universidad de Murcia: encuentros y desencuentros”, en F. J. DIEZ DE REVENGA Y M. DE PACO (eds.), *La claridad en el aire. Estudios sobre Jorge Guillén*, Cajamurcia, Murcia, 1994, pp. 137–174.
- , “Jorge Guillén y 1927”, en F. J. BLASCO Y A. PIEDRA, *Jorge Guillén, el hombre y la obra*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1995, pp. 105–118.
- , “Jorge Guillén, poeta y catedrático de la Universidad de Murcia”, *Tonos. Revista Electrónica de Estudios Filológicos*, 16 (2008), pp. 1–35.
- Francisco J. DÍEZ DE REVENGA, Mariano DE PACO (eds.), *La claridad en el aire. Estudios sobre Jorge Guillén*, Cajamurcia, Murcia, 1994.

- Ramón GABARRÓS (ed.), *Jorge Guillén. Aire nuestro. Una poética afirmativa de las maravillas concretas de la cotidianidad*, Anthropos, Barcelona, 1991.
- Miguel GARCÍA POSADA, “Jorge Guillén en Sevilla (1932–1938)”, *ABC*, Sevilla, 18 de febrero de 1967.
- Jaime GIL DE BIEDMA, “Cántico. El mundo y la poesía de Jorge Guillén”, *El pie de la letra. Ensayos 1955–1979*, Crítica, Barcelona, 1980.
- Joaquín GIMENO CASALDUERO, “Jorge Guillén y Murcia”, *Monteagudo*, 74 (1985), pp. 9–15.
- Antonio GÓMEZ YEBRA, *Aportes para la bibliografía guilleniana*, Caligrama, Palma de Mallorca, 1992.
- Joaquín GONZÁLEZ MUELA, *La realidad y Jorge Guillén*, Ínsula, Madrid, 1962.
- Jorge GUILLÉN, *Cántico*, Revista de Occidente, Madrid, 1928.
- , *Cántico*, Cruz y Raya, Madrid, 1936.
- , *Cántico. Fe de vida*, Litoral, México, 1945.
- , *Cántico, Fe de vida*, Sudamericana, Buenos Aires, 1950.
- , *Cántico 1936*, edición de José Manuel BLECUA, Labor, Barcelona, 1970. Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.
- , “Una Murcia”, *Homenaje a José Ballester*, Hijos de Antonio Zamora, Murcia, 1972, pp. 25–32.
- , *Aire nuestro. I, Cántico; II, Clamor; III, Homenaje; IV, Y otros poemas; V, Final*, edición de Claudio GUILLÉN y Antonio PIEDRA, Centro de Creación y Estudios Jorge Guillén, Valladolid, 1987.
- , *Aire nuestro. Cántico. Clamor. Homenaje. Y otros poemas. Final*, edición de Francisco J. DÍAZ DE CASTRO, Anaya–Mario Muchnik, Madrid, 1993.
- , *Obra en prosa*, edición de Francisco J. DÍAZ DE CASTRO, Tusquets, Barcelona, 1999.
- , *Cienfuegos, investigación original de la Oposición a Cátedra de Lengua y Literatura Españolas (1925) y otros inéditos (1925–1939)*, edición, estudio preliminar y notas de Guillermo CARNERO, Universidad de Valladolid–Funda-

- ción Jorge Guillén, Valladolid, 2005.
- , *Aire nuestro, Cántico. Clamor. Homenaje. Y otros poemas. Final*, edición de Óscar BARRERO PÉREZ, Tusquets, Barcelona, 2008.
- , *Antología poética*, edición de Francisco Javier Díez DE REVENGA, Alianza Editorial, Madrid, 2010.
- , *Cartas a Germaine (1919–1935)*, edición de Margarita RAMÍREZ, prólogo de Guillermo CARNERO, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2010.
- Francisco LÓPEZ ESTRADA, “Jorge Guillén y Sevilla”, *Archivo Hispalense*, 57, 175 (1974), pp. 181–188.
- Oreste MACRÍ, *La obra poética de Jorge Guillén*, Ariel, Barcelona, 1986.
- Manuel MUÑOZ CORTÉS, “Con Jorge Guillén en Murcia y en Florencia”, en F. J. DIEZ DE REVENGA Y M. DE PACO (eds.), *La claridad en el aire. Estudios sobre Jorge Guillén*, Cajamurcia, Murcia, 1994, pp. 409–415.
- Antonio PIEDRA, *Jorge Guillén*, Villalar, Valladolid, 1986.
- José Manuel POLO DE BERNABÉ, *Conciencia y lenguaje en la poesía de Jorge Guillén*, Editora Nacional, Madrid, 1977.
- Ignacio PRAT, *Aire nuestro de Jorge Guillén*, Planeta, Barcelona, 1974.
- Rogelio REYES CANO, “El grupo poético del 27 y Sevilla: crónica de un acto fundacional”, *Anales de Filología Hispánica*, 3 (1987), pp. 5–23.
- , “Entre el azar y el destino: un viaje poético a Sevilla”, *Ínsula*, 554–555 (1993), pp. 49–50.
- , “Galería de retratos del 27: un poema de Jorge Guillén sobre los actos del centenario de Góngora”, en F. J. BLASCO Y A. PIEDRA, *Jorge Guillén, el hombre y la obra*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1993, pp. 479–487.
- , *Sevilla en la generación del 27*, Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 1997.
- , “En principio fue el viaje: los actos del Ateneo de Sevilla”, *El Siglo Que Viene*, 31–32 (1997), pp. 33–37.
- , “El acta de nacimiento de la generación del 27: los

actos del Ateneo de Sevilla”, *De Blanco White a la generación del 27*, Universidad de Huelva–Universidad de Sevilla, Huelva, 2000, pp. 261–278.

Justina RUIZ DE CONDE, *El Cántico americano de Jorge Guillén*, Turner, Madrid, 1973.

Manuel RUIZ–FUNES FERNÁNDEZ, “Murcia en Jorge Guillén”, en F. J. DIEZ DE REVENGA Y M. DE PACO (eds.), *La claridad en el aire. Estudios sobre Jorge Guillén*, Cajamurcia, Murcia, 1994, pp. 271–296.

K. M. SIBBALD (ed.), *Guillén at McGill. Essays for a Centenary Celebration*, Ottawa Hispanic Studies, Ottawa, 1996.

Concha ZARDOYA, *Poesía española del siglo XX*, Gredos, Madrid, 1974.

Emilia de ZULETA, *Cinco poetas españoles (Salinas, Guillén, Lorca, Alberti, Cernuda)*, Gredos, Madrid, 1971.